

Aproximaciones a la cotidianidad de las mujeres del valle del Yaqui, Sonora, México

Approaches to everyday life of women in the Yaqui Valley, Sonora, Mexico

Hiram Félix Rosas
Universidad de Sonora
(hiramfr@hotmail.com)

Heidy A. Zúñiga Amaya
Universidad Autónoma de Baja California
(heidyanhely@hotmail.com)

María G. Soltero Contreras
Universidad de Sonora
(gsoltero@sociales.uson.mx)

Resumen: El estudio de las mujeres ha sido un tema marcado por un relativo abandono, especialmente para el caso sonorense, donde es evidente la carencia de acercamientos desde una perspectiva histórica. Si nos referimos al área rural, el vacío historiográfico es mayor, pues el análisis del proceso de colonización del valle del Yaqui, espacio que nos ocupa, se ha concentrado en el reparto agrario. Este artículo recupera las características de la vida cotidiana de las mujeres del ejido José María Morelos (Cajeme, Sonora) como punto de partida para la construcción de una visión integral de las condiciones experimentadas durante el siglo XX. Los resultados que se exponen son producto de entrevistas y observaciones realizadas de forma sistemática entre 2011 y 2015. Exploramos sus distintas facetas, teniendo como ejes la infancia, el noviazgo, la vida matrimonial y el trabajo en el campo, para identificar los elementos cotidianos que contribuyen a la formación de su identidad como mujeres.

Palabras clave: vida cotidiana, mujeres, valle del Yaqui.

Abstract: Women studies had been a limited subject, particularly in the Sonoran research, where is evident that they lack of historical approaches. But in the rural area is worst, because the analysis of colonization process of the Yaqui Valley is based in the distribution of land as the main subject. This article recovers the characteristics of everyday life of some women that live in the farming cooperative José María Morelos (in Cajeme, Sonora). It is an important view of the conditions experienced during the 20th century. The results of the research are the outcome of interviews and ethnography. We were interested in these central aspects, childhood, engagement, marriage and field work, which are aspects that contribute to forge their identity as women.

Keywords: everyday life, women, Yaqui Valley.

Fecha de recepción: 12 de agosto de 2015

Fecha de aprobación: 24 de noviembre de 2015

Fecha de recepción de versión final: 10 de febrero de 2016



Culturales

Época II - Vol. IV - Núm. 2 / julio-diciembre de 2016
ISSN 1870-1191 / ISSN electrónico 2448-539X

Hiram Félix Rosas

Mexicano. Candidato a Doctor en Ciencias Sociales por El Colegio de Sonora, y Maestro en Ciencias Sociales por la misma casa de estudios. Licenciado en Historia por la Universidad de Sonora. Cursó el Diplomado en Desarrollo de Proyectos Documentales en la Universidad de Sonora y el Instituto Sonorense de Cultura. Actualmente es profesor de asignatura en la Universidad de Sonora. Entre sus temas de estudio aborda: epidemiología histórica, vida cotidiana, identidades, medios audiovisuales, divulgación histórica, así como enseñanza de la historia. Como parte de su publicación se encuentra: *Cuando la muerte tuvo alas. La epidemia de fiebre amarilla en Hermosillo (1883-1885)* (2010), El Colegio de Sonora/Universidad de Sonora. Fue coordinador de la obra *Barrios y pueblos de Sonora. Historias por contarse* (Colección “Caudal de Historias”), Universidad de Sonora.

Heidy Anhely Zúñiga Amaya

Mexicana. Maestra en Docencia por la Universidad Autónoma de Baja California y Licenciada en Historia por la Universidad de Sonora. Realizó el Diplomado en Competencias Docentes en la Universidad del Valle de México. Actualmente se desempeña como profesora de tiempo completo en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Autónoma de Baja California. En su área de investigación destaca la enseñanza de la historia y la historia de la educación. Dentro de sus publicaciones destacan: *Las escuelas lancasterianas en México. Una reflexión al sistema educativo de ayuda mutua* (2014) y *La enseñanza de la historia del arte: un acercamiento a través del enfoque constructivista* (2014).

María Guadalupe Soltero Contreras

Mexicana. Doctora en Antropología, Maestra en Historia y Etnohistoria, y Licenciada en Antropología Social, todas cursadas en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Realizó el Diplomado en Técnicas de Investigación en Sociedad, Cultura y Comunicación en la Universidad de Sonora, así como el Diplomado en Museología en el Instituto Nacional de Antropología e Historia. Actualmente es profesora investigadora en la Universidad de Sonora. En su área de investigación aborda temas de minería, mineros, vida cotidiana, identidades culturales, antropología, antropología de la alimentación e historia cultural. Entre sus publicaciones recientes se encuentran: O’ob/Pima, en *Etnias de Sonora* (2011) Conaculta; y Significados culturales de la crisis económica, en *Tópicos de economía: Un enfoque global* (2010), Pearson/Universidad de Sonora.

Presentación

Este ejercicio de investigación histórica busca recuperar las características de la vida cotidiana de las mujeres del ejido José María Morelos, en el municipio de Cajeme, Sonora. Flora, Ofelia, Socorro, María de los Ángeles y Bertha son cinco mujeres que a través de anécdotas personales nos narran las particularidades de su vida en el campo. En cada una de las entrevistas, los recuerdos las invaden y de inmediato nos trasladan a su infancia, su juventud, el primer amor, los hijos, la familia y su relación con la tierra. En su discurso se describen a sí mismas y exponen qué piensan de ser mujer, madre, esposa, vecina y amiga, enmarcado siempre por los diferentes tiempos históricos y su arraigo a la tierra.¹

No podríamos entender la vida de nuestras protagonistas sin una breve historia del ejido, por ello, la primera parte del trabajo se dedica a describir la manera en que se constituyó y cuáles han sido sus principales transformaciones a través de estos 79 años de existencia. Luego de esta contextualización, entramos de lleno a la historia de nuestras entrevistadas; cada una explora en su memoria para recuperar los diferentes aspectos que dan cuenta de su cotidianidad, de la vida del ayer, de sus distintas etapas como mujeres.

En su narrativa identificamos el arraigo a la vida en el campo. Ninguna de ellas muestra interés por vivir en la ciudad. La paz, la tranquilidad y el amor a su familia son elementos que, a pesar de las adversidades, las hacen sentir orgullosas de su vida, de su pueblo, de su historia. Finalmente, a través de este acercamiento cualitativo buscamos comprender una perspectiva del espacio rural a través de la mirada femenina.

Morelos, un ejido en el valle del Yaqui

Con el reparto agrario realizado por el presidente Lázaro Cárdenas se inició lo que podría nombrarse como la tercera etapa de apertura del valle del Yaqui. Luego del cultivo de las tierras alledañas al margen del río y los proyectos de colonización durante el siglo XIX, la formación de ejidos (promesa y producto del proceso revo-

¹ La observación y las entrevistas se realizaron entre los años 2011 y 2015, de forma individual y en las viviendas de las mujeres analizadas, todas ubicadas en el ejido Morelos.

lucionario) hizo posible la intensificación y ampliación del área cultivada en este valle, perteneciente a los actuales municipios Benito Juárez, Bácum, Guaymas, San Ignacio Río Muerto y Cajeme, en el estado de Sonora.²

El ejido estudiado se formó con la dotación del 27 de octubre de 1937; en ésta se asignaron un total de 50 516 hectáreas para 13 grupos de campesinos peticionarios, de las cuales, 2 716 hectáreas (416 de cultivo y 2 300 de agostadero) se destinaron al Campo 1402, que fue el nombre con el que se registraron los solicitantes que años después se renombrarían como ejido José María Morelos.³ La figura 1 muestra la parte del valle del Yaqui que se repartió, ubicada al sur de los pueblos habitados por esta etnia. El área que se identifica como “llanuras” carece de asentamientos formales y era ocupada por algunos ranchos o campos de terratenientes que resultaron afectados por la resolución presidencial de 1937.

La fiesta popular generada por el reparto duró varios días y Pueblo Yaqui, asentamiento fundado por colonos en 1895, fue el escenario en el que el general Cárdenas hizo pública la acción que en julio de 1938 ratificaría en el *Diario Oficial* y que hasta agosto de 1941 concretaría el presidente Manuel Ávila Camacho, por medio de la entrega de certificados agrarios.⁴ Los 13 ejidos constituidos, entre los que destacaban el Campo Yaqui, Quetchehueca, Campo 47, Providencia y Campo 60, funcionaron colectivamente hasta 1949-1950, cuando se dio el proceso de separación entre los que deseaban seguir trabajando como grupo y quienes preferían ser parcelarios, sin que esto significara la desintegración de estas unidades productivas.⁵

Para el caso del ejido José María Morelos, la diferencia fue mínima, pues de los 51 beneficiarios, 25 decidieron seguir colectivamente y 26 estuvieron a favor de trabajar como parcelarios, lo cual implicó que la dotación ejidal se dividiera en partes exactas y que cada ejidatario “identificara el pedazo de tierra que le pertenecía”. Esta transformación ayudó, según nos relatan algunos entrevistados, a evitar

² Los textos de José Carlos Ramírez, Ricardo León y Óscar Conde (1997) y Rocío Guadarrama, Cristina Martínez y Lourdes Martínez (1997) brindan un panorama preciso de la aplicación de las políticas cardenistas en el contexto sonorense.

³ Para profundizar en los detalles del proceso de reparto agrario, véanse los trabajos de Gustavo Lorenzana Durán (1991, 1993, 2006), María del Carmen Castro Vázquez (1989), Claudio Dabdoub (1995) y Melchor Soto (1977).

⁴ Una descripción acerca de los preparativos y desarrollo de la ceremonia de reparto agrario se puede observar a través de la recuperación de testimonios que realizaron Mayo Murrieta y María Eugenia Graf (1991) en el libro *Por el milagro de aferrarse. Tierra y vecindad en el valle del Yaqui*.

⁵ En Pueblo Yaqui, el centro poblacional más grande, 84 campesinos continuaron en colectivo, mientras que poco más de 280 decidieron hacerlo individualmente. Gracias a este dominio por parte de los parcelarios fue posible la creación de asociaciones crediticias como la Unión de Crédito Agrícola Industrial del Noroeste (Murrieta y Graf, 1991, pp. 81-82).

Figura 1. Valle del Yaqui, Sonora (1924)



Fuente: Fragmento del mapa “Estado de Sonora” (1924), elaborado por la Secretaría de Agricultura y Fomento. Colección General de la Mapoteca Manuel Orozco y Berra. Colección General. Recuperado de <http://w2.siap.sagarpa.gob.mx/mapoteca/mapas/CGSON10-45-CGE-7215-A.jpg>

la corrupción en la administración de los recursos, pues cuando se trabajaba en colectivo, las ganancias las aprovechaban únicamente los integrantes de la mesa directiva y el resto vivía “al día”, como jornalero de sus propias tierras.⁶

Los 26 ejidatarios que se decantaron por ser parcelarios se vieron obligados, luego de serias y ásperas discusiones, a abandonar el fundo legal del ejido (ubicado en la calle 1300 y 200) y establecer un poblado en la confluencia de las calles Meridiano y 1600 (a siete kilómetros del anterior asentamiento, véase figura 2). De esta manera, desde septiembre de 1950, el ejido quedó separado físicamente en dos poblados: Morelos 1 (colectivos) y Morelos 2 (parcelarios). Esta es una particula-

⁶ Entrevistas realizadas a Teodosio Salazar (poblado José María Morelos 1, diciembre de 2011 y agosto de 2012).

ridad del espacio analizado, pues las diferencias en la organización productiva se dieron en todos los ejidos, pero sólo en éste provocó el surgimiento de un nuevo pueblo. Actualmente, cuando los habitantes del Morelos 2 recuerdan dicha separación, argumentan que además del asunto relacionado con la administración de sus tierras, era muy difícil atender los trabajos que exigían los cultivos, especialmente porque, en la mayoría de los casos, sus parcelas estaban a seis y hasta nueve kilómetros de distancia. Por lo anterior, muchos optaron por construir sus pequeñas casas de adobe en las mismas tierras, echando mano de los elementos que había alrededor, como el mezquite, la pitahaya, el carrizo y el baiquillo.⁷

El proceso de consolidación del proyecto ejidal fue lento, pues los trabajos de desmonte, nivelación del terreno, construcción de caminos, canales, drenes e instalación de servicios básicos como electricidad y agua potable, se dieron paulatinamente en los primeros treinta años de existencia. Los años “dorados” del ejido Morelos, como los del resto de la región, se gozaron entre las décadas de los cincuenta y setenta, cuando se resolvieron problemas relacionados con la distribución del agua y la oferta de opciones crediticias favorables para los novatos agricultores. Esto, evidentemente, era consecuencia de condiciones macroeconómicas —como las necesidades generadas durante el periodo de la posguerra— y las medidas proteccionistas —como los precios de garantía y créditos por parte del banco ejidal—.

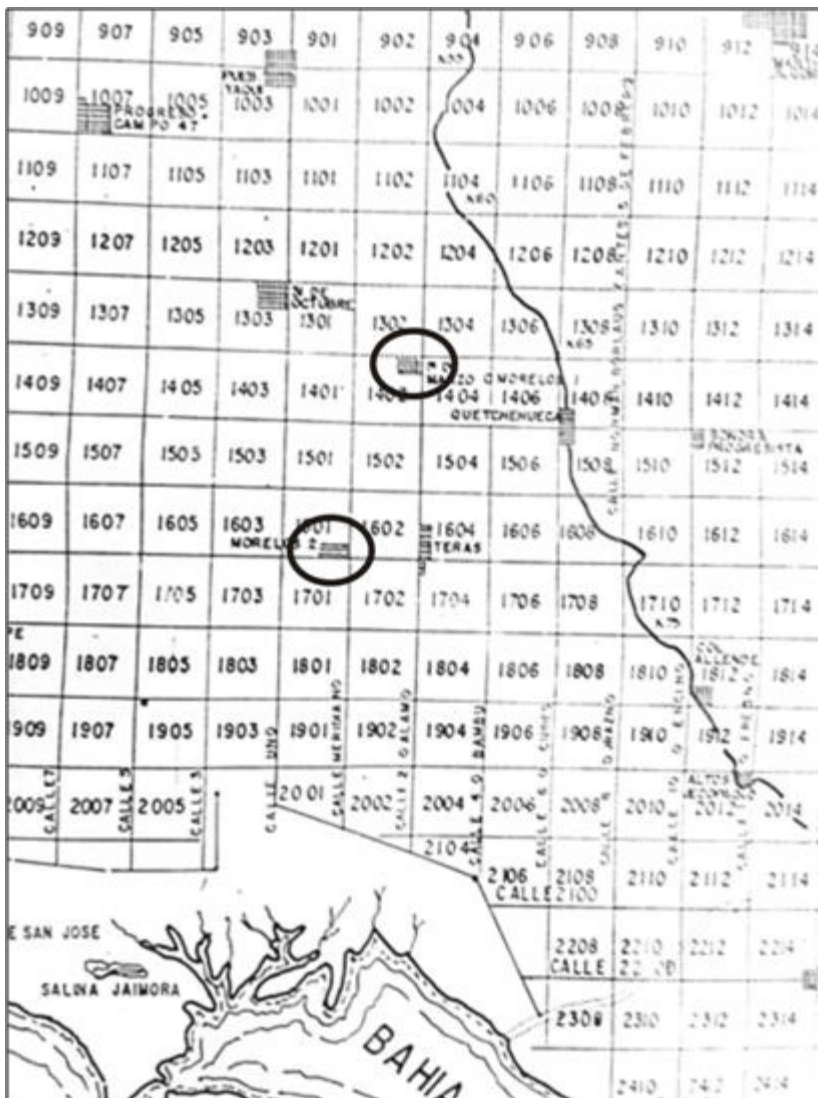
La crisis del ejido Morelos coincide con la crisis del campo y la economía mexicana durante la década de los ochenta, marcada por el inicio de políticas de corte neoliberal, las constantes devaluaciones, la reorientación productiva y la tecnificación de los procesos agrícolas.⁸ La combinación de estos factores provocó la ruptura de dinámicas como la pizca (cosecha) de algodón, que atraía una gran cantidad de mano de obra de otras regiones del país, generando una importante derrama no sólo para los ejidatarios que levantaban el llamado “oro blanco”, sino también para los vecindados que laboraban como jornaleros y ofrecían servicios los trabajadores migrantes, así como para comerciantes foráneos y hasta para compañías de circos y cines ambulantes.

A casi ochenta años del reparto agrario, el panorama en el ejido Morelos no es diferente al del resto de los poblados rurales del municipio de Cajeme. Sus dos

⁷ Entrevista realizada a Marco Antonio Félix Aldama (poblado José María Morelos 2, agosto de 2012).

⁸ Un jornalero veterano asegura que la “llegada de las máquinas” provocó la crisis del campo, pues “antes [décadas de los cincuenta y sesenta] todo el trabajo se hacía manualmente y hasta las trilladoras ocupaban seis o siete personas para funcionar”, en cambio, ahora, “una persona en una cabina refrigerada puede levantar toda una cosecha”. Entrevista realizada a Porfirio Armenta (poblado José María Morelos 1, enero de 2012).

Figura 2. Ubicación de los poblados Morelos 1 y Morelos 2, del ejido José María Morelos (antes Campo 1402), municipio de Cajeme, Sonora



Fuente: Colección del ejido San Ignacio Río Muerto, Sonora.

asentamientos (Morelos 1 y Morelos 2) suman alrededor de 1 500 habitantes y existe una notoria ausencia de jóvenes, quienes han migrado hacia la ciudad en busca de opciones de trabajo.⁹

Por otro lado, el recambio generacional en la tenencia de la tierra y la falta de programas de apoyo efectivos para la obtención de créditos han provocado que la mayor parte de los ejidatarios renten sus parcelas a grandes terratenientes, quienes disponen de maquinaria, recursos económicos y conocimiento estratégico de los circuitos de comercialización, para sembrar ya no los productos tradicionales como trigo, algodón, soya, maíz o sorgo, sino elementos orientados al mercado exterior, como espárragos, legumbres, cítricos y frutos secos (especialmente la nuez) que empiezan a modificar, además de la orientación productiva, el paisaje y la dinámica económica del valle.¹⁰

Cotidianidades femeninas

Luego de este breve panorama histórico del ejido, a continuación se presenta un esquema general para comprender la condición de género, y posteriormente se exponen las particularidades de los cinco casos, a través de las cuales se buscan identificar las características de la vida cotidiana y las variaciones en su percepción y expectativas como mujeres y parte de una comunidad rural sonoreense: Socorro (1930), Ofelia (1933), Flora (1946), María de los Ángeles (1955) y Bertha (1957).

Condición femenina, la mirada teórica

Explorar los procesos de significación en torno al género, es decir, la forma en que se define individual y socialmente qué es ser hombre o mujer, nos permite comprender, como lo señala Guillermo Núñez (2007, p. 150), la configuración del “ámbito de la reproducción biológica y social” en los proyectos personales de masculinidad o feminidad.

⁹ La migración generalmente se dirige hacia Ciudad Obregón, cabecera municipal de Cajeme, ubicada a 36 kilómetros del ejido, la cual permite que se mantenga el vínculo con el lugar de origen y las visitas al ejido sean con frecuentes, sobre todo los fines de semana. Otros polos de atracción son las ciudades fronterizas mexicanas, donde se emplean en la industria maquiladora (principalmente Nogales, Sonora y Tijuana, Baja California) y las entidades estadounidenses de Arizona y California, adonde migran de forma ilegal para trabajar en el campo.

¹⁰ La información acerca de las circunstancias actuales del ejido (obtenida a través de la observación y de las distintas entrevistas realizadas a los pobladores) será la base para el desarrollo de un artículo orientado al estudio de las problemáticas socioeconómicas del valle del Yaqui.

El género es el escenario en donde se manifiesta la dialéctica de la construcción social (interiorización-exteriorización-objetivación), por esto es indispensable analizarlo mediante el escrutinio de los elementos estructurales y las subjetividades de los agentes (Berger y Luckmann, 1968). El género se puede considerar como un sistema generador de sentido; en otras palabras, como un marco en el que los sujetos construyen formas o mecanismos para evaluar, categorizar y categorizarse en medio de símbolos y significados a través de los cuales se define y redefine (permanentemente) lo masculino y lo femenino.

La propuesta de Alejandro Cervantes (1994), quien explora la dimensión social de la estructuración y renovación de la identidad de género de la mujer, resulta útil para acercarse al análisis de nuestros casos. Cervantes identifica cuatro tesis: 1) las desigualdades sociales entre hombre y mujer están socialmente construidas; 2) las mujeres comparten una misma condición opresiva,¹¹ la cual es producto de una sociedad estructurada patriarcalmente; 3) las mujeres construyen su identidad genérica basándose en factores vivenciales comunes y experiencias simbólicas compartidas,¹² y 4) las formas de identidad genérica están estrechamente vinculadas con la definición social de su ser y de su cuerpo como un ser-de-otros y como un cuerpo-para-otros.

Las mujeres en su quehacer cotidiano es en donde hacen, deshacen y rehacen el vínculo social, es decir, en donde ellas se enfrentan al otro, es el lugar en “donde la alteridad es metabolizada”, donde se le da un lugar, un sentido, una interpretación, al otro, al acontecimiento, a lo desconocido, a lo diferente (Bellasi, 1985, p. 11).¹³ A partir de estos elementos, y con una perspectiva anclada en el género y la cotidianidad, se describirán las características de la infancia, la juventud y el matrimonio, tres etapas determinantes en las historias de cinco mujeres del ejido José María Morelos, mismas que se exponen, como casos, a continuación.

¹¹ Si bien la opresión es generalizada, ésta presenta variaciones de acuerdo con la clase social y al lugar dentro de la estructura desigual de oportunidades, aunque también es importante agregar la condición étnica, edad y nación, entre otros factores.

¹² Los ejes que definen la identidad de género son: a) la maternidad y el ser madre; b) el matrimonio o la unión y el ser esposa o compañera, y c) el trabajo o la profesión, y el ser trabajadora o profesionista.

¹³ Para el espacio analizado, los artículos publicados en el libro *Sonora. Historia de la vida cotidiana* (López Soto, 1998), brindan un panorama puntual de distintas regiones y etapas del caso sonorense.

Cotidianidad, miradas femeninas

SOCORRO¹⁴

Socorro Zárate Castro nació el 28 de diciembre de 1931 en Pueblo Yaqui, Sonora, asentamiento formado por colonos y vecinos procedentes de las comunidades mestizas del sur de la entidad, Durango y Chihuahua. Jesús Zárate Cruz, su padre, nació en Ameca, Jalisco, y su madre, Manuela Castro Armenta, era originaria de Chínipas, Chihuahua. De su unión nacieron nueve hijos, cinco hombres y cuatro mujeres; Socorro fue la tercera.

Luego de una estancia de diez años en Bacobampo y Navojoa, en 1947 la familia de Socorro vivió en el primer asentamiento del ejido Morelos (actual poblado Morelos 1). En ese lugar conoció a Eufemio Palafox, con quien mantuvo un noviazgo de tres meses, para luego fugarse y vivir juntos durante 61 años, hasta que la muerte los separó.

De la unión de Socorro y Eufemio nacieron diez hijos, ocho hombres y dos mujeres. En 2010, a raíz de la muerte de Eufemio, las 45 hectáreas de terrenos de cultivo, principal sustento de la familia Palafox Castro, empezaron a ser administradas por Samuel, uno de los hijos menores, con lo cual la dependencia de Socorro cambió de nombre y ahora sus necesidades materiales son cubiertas por su hijo, en lugar de su pareja, como sucedió de 1949 a 2010.

Socorro vivió en Pueblo Yaqui hasta 1936. Cuando a su papá se le “acabó el trabajo”, salieron en busca de otras opciones rumbo al valle del Mayo. Se trasladaron a pie, con los burros cargando las cosas de la familia. De lonche llevaron un “montón” de tortillas de maíz, nixtamal, salsa y unas ollas con frijoles y garbanzos cocidos. Tardaron mucho tiempo en cruzar porque se paraban a descansar en medio del monte. En Bacobampo, su papá consiguió trabajo vendiendo café. En ese lugar les prestaron una casita sin muebles; trabajó unos tres meses y de ahí se fueron a Navojoa, donde consiguió trabajo en la fábrica de jabón de las familias Salido y Zaragoza, haciendo moldes de madera. Socorro y su familia vivieron cerca de una década en esa ciudad.

A la edad de 15 años, Socorro salió de la primaria y de manera puntual señala: “Me acuerdo que me dieron el papel con mi calificación y salí con chance de trabajar, pero mi papá no quiso que yo trabajara, no quiso y no quiso [...]. Prefirió mejor perder su trabajo en la fábrica y venimos al Morelos, donde vivía mi tío Norberto

¹⁴ Entrevista realizada en el poblado Morelos 2, diciembre de 2011.

Márquez (hermano de mi mamá)”.

Ante la pregunta directa si le hubiera gustado laborar como maestra, Socorro respondió: “Uuuuuuh, sí, me hubiera gustado trabajar y desempeñar ese cargo, porque a mí me gusta mucho, pero él [su papá] no quiso. Cuando ya llegamos al Morelos, don José Orozco (presidente del ejido) se dio cuenta de que sabía y quería que trabajara en la escuela del ejido, pero mi papá le dijo ‘ya les dije que ella no va a trabajar’... y aquí he estado”.

Socorro recuerda a su papá como un “hombre muy posesivo, era un hombre que decía no y no”. En la primera ocasión que le ofrecieron un trabajo como profesora, su papá recibió a sus ex maestros de primaria y les dijo:

Pues no crean que no les agradezco, pero yo no quiero que trabaje, ella no tiene necesidad de trabajar, miren, asómense al baúl, ella tiene ropa para salir, tiene ropa para andar en la casa, tiene sus zapatos; asómense a la olla, ahí hay frijoles, y hay veces que le agregamos quelititos, lo que sea, pero comemos... les agradezco, pero yo no quiero que trabaje.

Nuestra entrevistada refiere que a sus 15 años de edad no tenía opción para pensar en sentido contrario a los designios de su papá, y recupera su experiencia:

Yo me sentí muy mal y quise hablar, pero en ese tiempo con los ojos nos hablaban nuestros padres, no nos dejaban decir o alegar como ahora, que muchas veces se defienden los hijos. Yo quería hablar, pero él con los ojos me decía: “Nomás hablas y verás cómo te va a ir”. Así se quedó; él ha de haber pensado: “Si me quedo aquí, va a seguir terqueando”, por eso mejor dijo: “Nos vamos a ir de aquí”. Yo le decía “¡Ay, papá!”, y me dijo: “Sí, ya sé que quieres irte a trabajar, eres capaz de pedir el papel e irte”. Yo le dije: “Tanto así no, yo siempre lo he respetado”. Pero siguió en lo mismo y dijo: “Alisten todos los cachivaches, voy a rentar un carro y nos vamos a ir”. Obedecimos, y en 1947 nos vinimos al Morelos.

A los dos años de llegar al actual Morelos 1, Socorro encontró a Eufemio, su pareja de toda la vida. Así recuerda la primera vez que platicaron:

A mí viejo lo conocí en una fiesta de la escuela. Pero ya había días en que andaba rondando, pasaba por la casa con un morralito. En ese tiempo se usaban los morrales de ixtle; hacían sus morrales con un mecatito torcido, amarraban su morral y se lo colgaban del hombro, ahí llevaban su lonche o lo que fueran a cargar. Había días que pasaba por la casa y yo pensaba: “Este muchacho, ¿para dónde irá? ¿dónde trabajará?”. A mí siempre me han gustado las matas y un día dije: “Voy a ver pa’ dónde agarra”, y me puse detrás de las matas, y en eso pasó y

me dijo: “¿Viendo las matas?”. “Sí”, le dije, “aquí ando, viendo las matas”. “¿Pa’ dónde camina usted?”, le pregunté. “Pues voy al trabajo”, me dijo, y entonces me preguntó: “¿Va a ir a la fiesta?”. “No sé”, le dije. “Vaya, va a estar bonita”, me contestó. “Pues a ver”, le dije yo. No le aseguré que fuera a ir, pero otras muchachas pidieron permiso a mi papá para que yo fuera a la fiesta, ahí lo conocí y a partir de ahí nos aferramos, duramos tres meses de novios y 61 años de casados.

Socorro y Eufemio se fueron a vivir juntos en 1949, como el común de los jóvenes del ejido. Acerca de esto, recuerda:

No me casé porque no me tocó casarme, hasta las bodas de oro, cuando cumplimos 50 años. De novia no tuve el gusto de casarme de señorita. Yo me fui con él [...]. Nos íbamos a casar, pero no hubo chance. Yo quería casarme de blanco, era mi deseo, pero él me dijo: “¿Qué dices? Anda el pleito en el ejido y la liquidación no llega, ¿te vas conmigo?”. Yo le dije: “Me da sabe qué dejar a mi madre, a mi padre, yo soy la que les hago el lonche”. “¿Cómo le vamos a hacer?”, me preguntó, y así la dejamos. Volvió al otro día y me dijo otra vez: “¿Qué dices?”, y uno, como muchas veces se toma las cosas a pecho, ese día andaba enojada mi mamá y me dijo: “No has lavado la ropa, que acá y que allá”, y dije “¡Ay, me voy a ir!”. Yo era la que le lavaba a mis hermanos, hacía la comida, me puedo considerar una mujer trabajadora, me gustaba mucho el trabajo, el negocio en la casa, era la que hacía todo, siempre le decía a mi mamá: “Deja, yo lo hago”. Sigo siendo trabajadora, no puedo estar *de oquis*,¹⁵ siempre busco la manera, busco qué hacer. [...]

Me fui con mi viejo; no me tocó casarme, pero sí deseaba, hasta me soñaba con mi vestido blanco, me soñaba porque él ya me había dicho que nos íbamos a casar con el dinero de la liquidación, y como ya había visto otras bodas [...], decía: “¡Ay, qué bonitas se ven! Así también me voy a ver yo”. Pero no me tocó, hasta que cumplimos 50 años de casados, que fue un momento muy feliz porque, gracias a Dios, tenía a mi lado al padre de mis hijos.

Casarse de blanco era una ilusión que Socorro tenía desde niña; nos contó que desde los 10 años de edad estaba entusiasmada con las bodas y las quinceañeras, con ver los vestidos, tocarlos, por eso disfrutó sus bodas de oro, porque fue el cumplimiento de un sueño añejado (véase figura 3). Al momento de entrevistarla y tocar el tema, se le vienen los recuerdos, las pausas y las lágrimas, y nos dice: “Las bodas de oro fueron muy bonitas, me sentí muy feliz porque a mi esposo lo tenía a un lado [silencio, lágrimas], pero aquí estamos esperando, para ver qué más viene,

¹⁵ Desocupada, sin realizar alguna actividad productiva.

Figura 3. Boda religiosa de Socorro Zárate y Eufemio Palafox.



Fuente: Colección particular de Socorro Zárate Castro.

porque Dios nos concede vivir para hacer lo que tenga propuesto. Cuando veo la foto empiezo a echar a andar mi mente y recuerdo cada momento de ese día”.

La entrevista con Socorro fue un momento especial, pues sus hijos le preparaban una fiesta por sus 80 años de vida, y esto la lleva a reflexionar acerca de la fortuna de llegar hasta esta edad. Señala: “Dios me va a conceder llegar a los 80 años, porque 80 años pesan, es mucho tiempo, están pesaditos los años [risas], hay veces que uno amanece rengueando y quejándose de las reumas, pero son los años...”. No obstante el peso de los años, se siente una mujer fuerte, porque aunque sufre de taquicardia, no es enfermiza y dura “años y más años sin ir con el médico”.

En medio de la felicidad por su próximo cumpleaños, Socorro no deja de pensar en sus hijos, especialmente en los dos que tienen problemas de salud, y se lamenta:

Así como estoy en esta edad, yo quedé sola, porque la casa quedó para el ejidatario. Cuando me muera, ¿cómo van a quedar mis hijos Elías y Tomasito? A la deriva, van a depender de que la cuñada los quiera. Yo no tengo nada, la parcela pasó a manos de Samuel, mi hijo; si él no es hijo malo y no nos desampara, pues comemos, vestimos y todo lo demás. No es igual que si estuviera mi esposo, porque Samuel tiene su mujer y uno pide con pena [...]. Yo pienso: “Señor, si llego a faltar, ¿cómo le van a hacer mis hijos Elías y Tomasito?”. Tengo los dictámenes del doctor, pero batallé mucho para que les dieran seguro y tuvieran su pensión. A veces me dan ganas de ir al Palacio Municipal y platicar con los grandes, para que les hagan un cuartito aparte, para que cuando falte yo, tengan donde meterse cuando los corra la mujer de Samuel.

OFELIA¹⁶

Ofelia Reyna Padilla nació en 1933, en Navojoa, Sonora. Su padre era originario de Monterrey, Nuevo León, y su madre, de Empalme, Sonora. Ofelia es hija única, situación poco común para una época en la que las familias se formaban por un gran número de hijos. Aunque para Ofelia vivir sin hermanos fue un hecho privilegiado, pues, señala, “todas las atenciones eran para mí”. Llegó al ejido Morelos a los 11 años de edad, después de vivir algún tiempo en Ciudad Obregón, ya que sus papás decidieron radicar en el valle para trabajar en el campo.

Ofelia refiere una infancia “muy bonita”, pues “jugaba a las muñecas, a las comadritas y hacía casitas de palo”. En lo académico, no tuvo la oportunidad de terminar la primaria, sólo completó el tercer año escolar. Su juventud se desarrolló de manera reservada. En el ejido no había muchas opciones para divertirse, siendo lo más común la organización de bailes entre ellos mismos, principalmente para festejar los cumpleaños. “Los bailes eran pura música, no había bailables locos como ahora”, señala. Cuando la hora de festejar se acercaba, era Miguelito Armenta quien sacaba su guitarra y empezaba a tocar. A la festejada se le obsequiaban ramitos de flores cortados de las casas, acompañados de una tarjeta de felicitación.

A Ramón García, su esposo, lo conoció en 1948. Su familia llegó de Navojoa por problemas de salud de uno de sus miembros. La mamá de Ofelia tenía una tienda de abarrotes y Ramón llegaba al local a comprar “cositas”. Entre risas, Ofelia explica: “Lo conocí cuando iba a la casa, pues ahí lo despachaba y empezamos a platicar, ahí nos echamos el ojo”.

¹⁶ Entrevista realizada en el poblado Morelos 2, diciembre de 2011.

Figura 4. Ofelia Reyna durante la entrevista.



Fuente: Colección particular de Hiram Félix Rosas.

La trayectoria de Ofelia no es distinta a la de otras mujeres del valle. Se casó muy joven, cumplió 15 años de edad estando casada; Ramón tenía 20. De la unión de Ofelia y Ramón nacieron 14 hijos, siete hombres y siete mujeres. “Al primer hijo lo tuve en 1949, a las cuatitas en el 50, después sigue Amalia, Ramón, María de los Ángeles y... se me olvida [risas]”. De los 14 hijos que tuvo, no sobrevivió una de sus cuatitas. Al preguntarle por el número de nietos, responde, “mmm... algunos”, pues no lo recuerda con exactitud. Una de sus hijas, quien se encontraba presente en la entrevista, aclara que son 42 nietos.

Cuando a Ofelia se le pregunta sobre los primeros años de casada, suspira y dice:

La vida en el ejido fue muy difícil los primeros años. A veces comíamos, a veces no. Ramón y Emilio [amigo, también ejidatario] se iban a Obregón, lo que conseguía el Emilio para su casa, me convidaba la Trini [su esposa]. Y si Ramón me traía frijoles, yo les convidaba a ellos. Fue una amistad muy bonita entre ellos y pues yo con la Trini. No teníamos casa, vivíamos con mi mamá, después tuvimos una de pitahaya y enjarrada, así como eran antes.

Explica que los mejores años del Morelos llegaron cuando empezaron a sembrar en lo individual. Cada uno empezó a cultivar en sus pedazos de tierra y el valle se llenó de cártamo, trigo y algodón.

A pesar de que los problemas de salud le impiden a Ofelia recordar su pasado con exactitud, cuando hace un balance de su vida en el Morelos, detalla:

La historia del ejido fue muy dura al inicio, pero ya estando aquí nos adaptamos, a todo se adapta uno. Adonde yo no me adaptaría nunca es a vivir en [Ciudad] Obregón,¹⁷ ya una vez me fui para allá, pero sólo duré dos meses. Yo aquí estoy muy a gusto, desde chamaca, desde niña soy de campo. La vida en el campo me ha gustado, hay mucha tranquilidad, no hay cholos, ni malvivientes.

Por último, después de un largo suspiro, reflexiona y nos comparte: “mi mayor satisfacción son mis hijos, que gracias a Dios a todos los tengo, igual que a mis nietos y bisnietos, y a ver qué más sigue”.

FLORA¹⁸

Flora López Limón nació en el municipio de Choix, Sinaloa, el 23 de diciembre de 1946. Llegó al ejido Morelos a los 7 años de edad, por lo que se define como “más de aquí que de allá”. Su infancia se desarrolló de manera similar a la del resto de las niñas de su época, no así su vida adulta.

Su familia se trasladó de Sinaloa al valle del Yaqui para trabajar en la pizca del algodón. La intención de su madre no era quedarse de manera permanente, sólo la temporada de trabajo y luego regresar a Sinaloa. Los planes cambiaron cuando uno de los fundadores del ejido les regaló un pedazo de tierra para que construyeran su casa. Rápidamente su padre hizo dos cuartos y se instalaron en el Campo Nuevo, como se le conocía al ejido Morelos.

Flora cursó hasta el sexto año de primaria, porque sus padres no tuvieron la oportunidad de seguir pagando sus estudios. Por esto, desde muy temprana edad se dedicó a ayudarle a su mamá en su pequeño negocio familiar.

Recuerda con cariño a sus maestros. Uno de ellos, a quien apodaban “El Pollo”, se quedaba dormido en su escritorio y se despertaba sólo después de una caída. Relata que la mayoría de los maestros del ejido se trasladaron a Hermosillo, después

¹⁷ Ciudad fundada a principios del siglo xx y cabecera del municipio de Cajeme. Para 2010 contaba, según el censo de población, con 298 625 habitantes.

¹⁸ Entrevista realizada en el poblado Morelos 1, enero de 2012.

de instalar en aquella ciudad una colonia para maestros. Una pareja de profesores le pidió que se fuera con ellos para que les ayudara a cuidar a su hijo que aún era un bebé; a cambio, le ofrecieron cuidarla y ayudarla para que continuara sus estudios. Su madre no la dejó. “Lloré, pataleé, pero dijo que no. Mi padre no dijo nada. Le guardo cierto resentimiento a mi padre, porque si él hubiera querido, yo hubiera estudiado”. Flora se arrepiente de no haber tomado esa oportunidad, pues se define como una mujer inteligente que hubiera podido llegar más lejos si la hubieran dejado terminar por lo menos la secundaria.

Acudir a la escuela no era una actividad sencilla, advierte nuestra entrevistada. Era complicado conseguir los útiles escolares. Los cuadernos, por ejemplo, se los elaboraba su mamá con papel de despacho, papel que se ocupaba de manera regular en las tiendas de abarrotes para empaquetar azúcar o frijol. Como su madre era costurera, tomaba un buen tramo de papel, lo cortaba en trozos iguales y lo cosía por un lado hasta formar el cuaderno. Lo que sí cuidaban mucho era el lápiz “porque era muy difícil conseguir otro”, señala.

La diversión para los jóvenes en el ejido Morelos consistía en acudir a las funciones del cine que organizaban los “húngaros”,¹⁹ a las refresquerías y los bailes, aunque Flora acepta que bailar no era una práctica que le gustara mucho. Los bailes no contaban con una gran organización, se llevaban a cabo cuando don Poli, el único que tenía tocadiscos, “lo ponía afuera de su casa y ahí se arrimaban las parejas a bailar. La música era muy alegre, llegaba al corazón, no como ahora”, explica nuestra entrevistada. Además de estas actividades, los hombres jugaban a la baraja y visitaban el billar que había en el ejido.

Después de concluir la primaria a los quince años de edad, Flora conoció al que pronto se convertirá en su esposo, José. Recién cumplió los 16, decidieron casarse. Aunque era común la práctica de “robarse a la novia”, Flora nos cuenta que ella se “casó bien”, pues como su novio y su familia provenían del sur del país, eran “más formales que los de aquí”, por lo que decidieron unirse hasta estar “bien casados”.

Pepe, como apoda de cariño a su difunto esposo, siempre se hizo cargo de proveer todo lo necesario para su familia. Tuvieron un total de cinco hijos, dos mujeres y tres hombres. Dos de sus hijos varones radican en Ciudad Obregón, y las hijas actualmente viven en el poblado Morelos 1. El más pequeño, aún soltero, acompaña a Flora.

¹⁹ En el valle del Yaqui, como en otros lugares del noroeste mexicano, emplean la palabra “húngaros” para referirse a las personas que operaban los cines itinerantes que recorrían la región en camiones de carga, donde transportaban lo necesario para proyectar películas durante unos cuatro o cinco días, para luego partir al poblado más cercano.

Lamentablemente, a José le diagnosticaron diabetes y fue víctima de sus complicaciones porque no se atendió a tiempo. Flora señala que perdió la visión completamente y padeció un derrame, por lo que ella era la responsable de “cargarlo” para todos lados: a Ciudad Obregón, cuando le tocaba consulta médica, y a las reuniones de los ejidatarios, cuando era necesario. Después de ocho años de lidiar con la enfermedad, José perdió la batalla y la vida.

Para Flora, la muerte de su esposo fue un golpe muy difícil. “Se me vino el mundo encima; él era el encargado de traer todas las provisiones a la casa, yo no sabía nada, menos de agricultura”. Los problemas aumentaban, pues sus ahorros se terminaron con las atenciones a la enfermedad de José, ya que éste nunca quiso acudir a una institución de salud pública. Además, el banco le requería a Flora un pago resultado de un préstamo.

Los siguientes años fueron arduos para nuestra entrevistada. Sin su esposo y sin saber cómo administrar la parcela, la única opción para salir adelante junto a sus hijos fue aprender; “me fajé las enaguas y empecé a meterme en donde sea para saber”, nos cuenta.

Las tareas agrícolas las hizo suyas. Aunque reconoce el apoyo que recibió por parte de sus compañeros ejidatarios, Flora señala que todo lo aprendió poco a poco: “Empecé aprendiendo en el grupo; entramos a la Unión de Crédito de Río Yaqui, ahí duramos 13 años. Sembré maíz, cártamo, algodón y trigo. Yo me iba a las tierras en bicicleta; le llevaba lonche al chamaco que andaba con los sembradores, y también les ayudaba a deshierbar”.

La experiencia que poco a poco adquirió en las actividades agrícolas y las relaciones que empezó a tejer le ayudaron a convertirse en comisariada ejidal, puesto que generalmente era ocupado por hombres. Hasta el momento, Flora es la única mujer que ha estado al frente de la organización del ejido (véase figura 5).

El pronóstico de algunos hombres y mujeres acerca del desempeño de Flora como comisariada no era alentador; muchos de ellos pensaban que terminaría perdiendo sus tierras, ya que era una práctica común que las mujeres vendieran sus parcelas cuando quedaban viudas. Cuando le cuestionamos a Flora si alguna vez pensó en vender sus tierras, responde firmemente:

Habemos muchas mujeres que somos medio inútiles, que se nos viene el mundo encima y no tratamos de salir adelante, nos quedamos ahí. Yo me aferré, me aferré... Yo quería demostrar que una mujer tiene los mismos derechos de trabajar la parcela igual que un hombre. Todos tenemos igualdad de derechos... Fíjate que es muy tentador vender, pero yo le pido a Dios que no lo permita, que no me trastorne la cabeza; yo le pido a Dios que no me tiente el diablo, estoy firme.

Figura 5. Ejidatarias y ejidatarios en la conmemoración del 62 aniversario del reparto agrario.



Nota: En la fotografía están Flora López (segunda de izquierda a derecha) y Ofelia Reyna (primera de derecha a izquierda) y otras ejidatarias que asistieron al festejo.
Fuente: Colección particular de Flora López Limón.

Al finalizar la charla, Flora hace un balance de su vida en el campo y reflexiona: “Gracias a Dios y a mi tenacidad y a todo mi esfuerzo pude salir adelante. No soy rica, pero no duermo en el suelo, tengo mi cama, tengo mi techo, soy millonaria. Me gusta la vida en el campo, mis hijos se enojan porque nomás estoy dos días en [Ciudad] Obregón y me regreso, no puedo vivir allá, me siento ahogada, encerrada y aquí no, aquí soy libre”.

MARÍA DE LOS ÁNGELES²⁰

María de los Ángeles García Reyna, mejor conocida como Gelo, nació en 1955, en el ejido José María Morelos. Es hija de Ramón García (qepd) y Ofelia Reyna, quienes procrearon catorce hijos,²¹ donde ella ocupa el quinto lugar en el orden de nacimiento.

²⁰ Entrevista realizada en el poblado Morelos 2, enero de 2012.

²¹ Una hija falleció al nacer.

Gracias a su desempeño académico, Gelo tuvo la oportunidad de viajar a la ciudad de México y visitar al presidente Gustavo Díaz Ordaz; sin embargo, por distintas circunstancias, sólo estudió hasta el primer año de secundaria. A los 18 años de edad se la “robó” su novio, y de esa unión nacieron cuatro hijos varones, dos de los cuales viven en el ejido, uno trabaja en Ciudad Obregón y el mayor en Hermosillo.

Algún tiempo tuvo la idea de irse a vivir a Tijuana o Hermosillo, pero toda su vida la ha pasado en el poblado Morelos 2, dedicada a atender a su familia, decisión de la que no se arrepiente, pues considera que a pesar de las carencias, el campo ofrece tranquilidad y el contacto permanente con su madre y sus hermanos. Esos elementos a los que hace referencia se notan en su sonrisa y en la forma relajada en la que ve la vida.

En una charla realizada en el patio de su casa, debajo de los árboles frutales y rodeados de los gallos que cría su hijo, Gelo recuerda su infancia con alegría:

Tuve una niñez muy bonita porque jugábamos mucho, puros juegos sanos, no andábamos como ahora, diciendo “Ay, no voy a jugar con ella porque me repugna”; jugábamos todos, chamacos y chamacas, hombres y mujeres, todos los del barrio, porque éramos muchos [...]. Jugábamos a los encantados, a la roña, a los colores, a la salta la piedra, a la cebollita o al chicotón. Eran juegos de andar saltando y brincando, no como ahora. Jugábamos en los árboles. En la casa de mi mamá está un nacapule alto; ahí jugábamos a la roña, brincando de un palo a otro, como chivas, y así nos divertíamos nosotros. Era una infancia más sana; jugábamos hombres y mujeres, y nos encaramábamos a los árboles igual hombres y mujeres.

Con su privilegiada memoria, Gelo recuerda los nombres de los profesores, todos varones, las materias, las actividades, los castigos, aunque reconoce que a ella “no le tocaron tantos castigos”. Su fuerte eran las matemáticas, y nos cuenta que mientras el profesor les dictaba los problemas, ella los iba resolviendo mentalmente, pues le gustaba mucho “sacar cuentas”, sobre todo “de quebrados”. Como siempre era el primer lugar de la escuela, obtuvo la oportunidad para concursar a nivel zona escolar; la llevaron al Campo 60 (ejido que también se formó con el reparto agrario de 1937) y ahí ganó el primer lugar, que consistió en un viaje a la Ciudad de México. Esto, recuerda, fue “doble mérito” porque la escuela del Morelos era “incompleta”, es decir, no tenía un maestro para cada grado.

En 1967 se subió al camión que la llevó (junto con niñas y niños de distintas partes de Sonora) hasta la capital de la república, adonde llegaron también estudiantes de otros estados (véase figura 6). Parte del premio era conocer al presidente Gustavo Díaz Ordaz, visitar el palacio nacional, recorrer una refinería y pasear en

Figura 6. Delegación de estudiantes sonorenses en su visita a la Ciudad de México.



Nota: Gelo se encuentra hincada en la segunda fila (tercera de derecha a izquierda)
Fuente: Colección particular de María de los Ángeles García Reyna.

Chapultepec, lugar donde probó alimentos hasta entonces desconocidos para ella. En medio de risas, Gelo contó: “nos dieron sándwiches, abrí el lonche y vi la verdura y una carne rosa y dije: ‘Esto está crudo’, y lo tiré. Yo no conocía el jamón”.

A pesar de su capacidad académica, sólo estudió un año de secundaria. Al salir de la primaria se fue a vivir con una señora a Pueblo Yaqui (ubicado a 15 kilómetros del Morelos 2), la cual era amiga de Romana Atienzo, madre de Jesús Rosas, amiga y compañera de generación de Gelo. El ánimo les alcanzó para terminar el primer grado, pero dice que no se acostumbraron y ambas se regresaron, decisión que la justifica señalando que antes “no había la oportunidad y uno estaba más apegada a los papás”.

En este recuento de su vida escolar y aspiraciones de ser profesora, asegura que no se arrepiente de no haber estudiado y dice: “Ya pa’ qué echar ‘amalayas’,²² porque tuve oportunidad de estudiar. En aquel entonces eran contados los que estu-

²² Ideas de lo que pudo pasar.

diaban y mi papá pudo darme estudios, pero no lo aproveché. Yo quería ser maestra de primaria, pero sólo me quedó el sueño”.

La trayectoria de Gelo no es diferente a la del resto de mujeres de su familia, pues de las seis, “nadie estudió una profesión”, sólo dos de ellas aprendieron corte y confección. En contraparte, los varones sí estudiaron, el mayor es auxiliar contable, uno es profesor, otro ingeniero, y el resto al menos terminaron el bachillerato.

Después de abandonar sus estudios, Gelo se dedicó a ayudar en el quehacer de la casa, pues trabajo sobraba en una familia de 14 hermanos.

Bailar era una de las actividades que más disfrutaba en sus ratos libres, nos cuenta: “Cuando estaba soltera bailaba mucho. Había muchos bailes. Antes se usaban los bailes con tocadiscos. Había candidatas a reina y para apoyarlas hacíamos bailecitos con tocadiscos y cobrábamos dos pesos, lo que quisieran cooperar para la candidata. La verdad lo hacíamos, para andar bailando”.

Tratando de recordar sus alimentos en un día normal en su vida, Gelo indica:

Yo no conocía el jamón, en la casa no comíamos *winis*²³ o bolonia.²⁴ En las mañanas comíamos huevos; a medio día casi siempre comíamos sopa, arroz blanco con frijoles; no me acuerdo haber comido albóndigas o cocido. Comíamos caldo de gallina cuando mataban alguna. Cuando compraban carne o alguien mataba una vaca, la ponían a secar, para hacer machaca, porque no había refrigeradores. En la cena, lo más común eran los frijoles con tortillas de harina. Yo tendría unos catorce años cuando aprendí a hacer tortillas.

Pedro, su esposo, también es originario del Morelos 2, pero como es mayor y “era muy vago”, se conocieron hasta que Gelo tenía 16 años. “Yo lo miraba, porque es hermano de una amiga mía, pero no le ponía atención, hasta que cumplí 17”, nos cuenta mientras ríe. Su noviazgo empezó en 1972, durante una zafra de algodón y fue de la siguiente manera:

Él venía de las pizcas de Sinaloa. Yo iba por la calle y llevaba un kilo de frijol. Pedro pasó en un carro con otros pizcadores y se me quedó viendo, y yo también lo miré y ahí quedó. Ya en las pizcas, yo le ayudaba a mi papá a pagar. Él no fallaba a las pizcas, mañana y tarde andaba pizcando, era el primero que se encaramaba en el carro. Él traía una novia de Sinaloa, pero yo no sabía que traía novia. Ella llegó a casa de su mamá. Hubo un baile y bailamos. La muchacha iba a las pizcas y me hacía mala cara, pero yo ni en cuenta, le pagaba y ella me volteaba la cara.

²³ Salchichas.

²⁴ Mortadela.

Nomás andábamos de volados, no éramos novios. Un día vinimos al cine y el Pedro estaba con la novia y otros amigos, pero a mí no me extrañó porque yo no sabía que tenía novia. Había tres hileras de bancas en el cine; él estaba en la fila del medio, yo me senté en la orilla, en la misma dirección, pero sin querer queriendo, como dijo el Chavo [risas]. Entonces cuando él vio que me senté, vino a sentarse conmigo, me regaló unos chicles y me empezó a hacer plática, y ahí me preguntó si quería ser su novia, pero yo no sabía que la novia estaba ahí. La muchacha se levantó y se fue. Yo no le contesté; hasta el siguiente baile empezamos a andar de novios. La muchacha se fue. Duramos un año y dos meses de novios.

[...]

Se acabaron las pizcas en septiembre y el Pedro se iba a ir para seguir trabajando porque después del algodón, las pizcas seguían hasta Baja California. Había habido baile en la noche y me empezó a decir: “Ya mañana me voy a ir”. Y que fue y que vino. No, pues ahí me convenció y ya no se fue [risas], pero yo sí me fui; se acabó el baile y yo me fui con él. Mi papá estaba despierto [su casa está frente al lugar donde se hacían los bailes] y estaba viendo un pleito que se hizo cuando se acabó el baile. Yo estaba esperando que mi apá se acostara y no se acostaba por estar viendo el pleito [risas], pero de repente se acercó al pleito y en eso aproveché y me fui. Ya cuando volvió del pleito, mi amá le preguntó: “¿Qué andas haciendo, Ramón?”, y mi apá le dijo: “Pues andaba viendo el pleito, pero mientras yo fui, la Gelo también se fue con el Pedro” [risas]. Y pues ya me había ido.

Esa noche empezaron a vivir juntos en la casa de don Paulino y doña Lola, papá y mamá de Pedro. Esto significó un cambio “drástico” para Gelo, pues con sus suegros estaban “muy amolados”. Cocinar con leña fue el primer problema que enfrentó. Nos cuenta que “atizaba y lloraba cada vez que atizaba, pero no lloraba porque me pusiera triste atizar, lloraba por el humo, porque no sabía atizar [risas]. Fue un cambio muy drástico, pero pues el amor todo lo puede”.

A los quince días de haberse ido con Pedro, Gelo regresó a su casa “con la colita entre las patas a pedir perdón, porque todavía se usaba que pedía perdón uno, no como ahora”. Acerca de las razones para “irse” o “robarse”, que era lo normal en su juventud, señala que nunca pensaron casarse formalmente, pese a que duraron un año y dos meses de novios.

En un ejercicio de retrospectiva, Gelo dice sentirse satisfecha, y entre las principales razones nos comenta:

Tengo una familia con mis cuatro hijos que están buenos y sanos; tengo a mi esposo; ya tengo 12 nietos y todos tranquilos. Le digo al Pedro que ya que cumplamos 40 años nos vamos a casar por la iglesia, pero nomás se ríe y me dice: “Estás loca. ¡Cómo nos vamos a casar!”. Tenemos 38 años juntos, “ya nos faltan dos”, le digo.

Eso sí deseo yo, casarme por la iglesia cuando cumplamos 40 años, pero él no quiere. Quién sabe [risas].²⁵

La tranquilidad y la cercanía a la familia son un par de factores que hacen que Gelo valore positivamente vivir en el Morelos 2; sin embargo, dice que siempre ha alentado a sus hijos para que salgan del pueblo porque la vida en el campo es “muy trabajosa” y tienes que vivir meses sin trabajo, “muy duros, muy críticos”. Dos de sus hijos viven en ciudades (Obregón y Hermosillo), y a los dos que están en el campo, confiesa que siempre les dice:

Que se vayan a buscar trabajo a Obregón, a las fábricas, un trabajo donde les den un seguro, donde los puedan pensionar, porque en el campo no hay nada de eso. Pedro se hizo viejo, tiene 63 años y no tiene ni una pensión, porque nunca quiso salirse a buscar un patrón. Él decía que no, que a él no lo iba a andar mandando nadie, que él iba a trabajar como pudiera, a él le gustaba mucho irse pa'l otro lado. Pero pues se hizo viejo y aquí nos quedamos.

BERTHA²⁶

Bertha nos recibe con una sonrisa, que nunca perdió en toda la charla. Nos invita a sentarnos y cordialmente empieza el relato. Nació el 18 de febrero de 1957 en el poblado Morelos 2. Sus padres fueron Felizardo Castro Zamora, originario de Navojoa, y Emilia Escalante Domínguez, de Huatabampo; ambos llegaron caminando desde Navojoa a vivir en ese lugar.

Muy jóvenes, con 17 años de edad, se acoplaron a la caravana familiar de los Castro; todos tenían el deseo de tener tierra para trabajar y vivir; a pesar del esfuerzo que les ocasionó caminar por varios días, al final pudieron encontrar un espacio que sería de su propiedad. La familia entera se dio a la tarea de desmontar para que poco a poco se fueran asentando las casitas que construyeron primero con carrizo y con cartón negro, que en tiempos de lluvia se filtraba el agua y se mojaban las cosas.

Bertha recuerda una infancia feliz a pesar de la pobreza. Fueron seis hermanos, pero dos de ellos murieron muy pequeños, uno de espasmo,²⁷ en tanto que la niña enfermó de sarampión. Sus hermanos Magdalena, Albertina y Rubén fueron los compañeros de juegos.

²⁵ Ya cumplieron 40 años de casados (la entrevista se realizó en enero de 2012) y no se llevó a cabo la ceremonia religiosa.

²⁶ Entrevista realizada en el poblado Morelos 2, febrero de 2012.

²⁷ Señala que por el riego de la tierra entró el agua al cuarto y se generó mucha humedad y el niño murió.

La alimentación se podría decir que era limitada, si se ve desde los estándares normales, pero para su familia y ella era muy saludable comer quelites, frijoles, sopa, huevos de gallina y carne de puercos criados en el patio familiar. Aprendió el arte de hacer y moler el nixtamal para hacer las tortillas que acompañarían los platillos.

Todos los hermanos fueron a la escuela; ella cursó hasta sexto año, no alcanzaba el dinero para seguir los estudios. No se arrepiente; con una sonrisa acepta que en ese momento era hasta donde podía llegar, pero, además, agrega que no le gustaba mucho asistir a clases. Con la cabeza y la mirada ligeramente elevada hacia el techo, recuerda a algunos de sus maestros: Ernesto Guillén, Francisco, Brígida, Carlos (joven normalista) y Esthela. Aclara que de todos aprendió.

En el ejido todos se conocían (y se conocen). Las amigas de la juventud fueron para ella personas muy importantes, porque podían ir al cine una vez a la semana, ir a los juegos mecánicos o ver a su hermano con amigos jugar a los futbolitos. Bertha señala que esperaba con ansias el domingo para arreglarse y reunirse con las amigas para dar la vuelta por el pueblo; era un encuentro de jóvenes y de formas de relacionarse y establecer nuevas amistades.

Los bailes organizados por el grupo de muchachas era otra manera de convivir, de hacer presencia. El tocadiscos de la Junta de Mejoras era un objeto codiciado, iban por él para poner los discos de acetato de Los Muecas y Los Freddy's, esperando que algún muchacho las sacara a bailar. En algunas casas también ya tenían consolas, y de la misma manera había un intercambio de música para ambientar la fiesta. La pieza musical *La bala*, por su larga duración, era el anuncio obligado que el final del festejo estaba muy próximo. Bertha no hace más que reírse de esos años, seguro que tiene gratos recuerdos.

Los muchachos y muchachas del ejido Nueva Casa de Teras²⁸ participaban de las fiestas o bailes del Morelos, como ella le llama a su pueblo. El carnaval era motivo para que vinieran y se incorporaran a los festejos; la coronación de la reina y las carreras de caballos eran el fuerte en los cuatro días del evento. Un lamentable accidente de un joven lugareño sembró de luto al pueblo y se cancelaron futuras fiestas carnavalescas.

En estos encuentros de los dos ejidos conoció a su marido. Benjamín no fue amor a primera vista, él era novio de una conocida del Morelos, pero la casualidad, después del rompimiento amoroso, hizo que bailaran en Teras toda la noche, y desde ese momento se volvieron inseparables. La risa le vuelve a brotar cuando se acuerda de la anécdota; el noviazgo duró un año y tres meses.

²⁸ Ubicado en la confluencia de las calles 200 y 1600, a dos kilómetros al oriente del ejido Morelos.

Después de un baile en Teras regresó al Morelos. Avisó a sus padres que ya estaba de regreso y se fue a su casa; hizo una maleta con toda su ropa y se fueron a vivir con una tía de Benjamín. La madre de él no aceptó que así fueran las cosas, ella quería que su hijo se casara por todas las leyes, pero para los dos jóvenes fue más importante irse a vivir juntos. Así han vivido los últimos años.

Con Benjamín tuvo cuatro hijos: Mayra, Osvaldo, Lupita y Víctor. Todos viven fuera del ejido; para Bertha es mejor que no estén aquí con ella, pues no hay oportunidades. Tres de ellos viven en Ciudad Obregón y el menor emigró a Phoenix, Arizona, a buscar cumplir su sueño del otro lado de la frontera.

Los años le han llegado viviendo al lado del esposo y no quiere dejar el ejido; la tranquilidad no la cambia por nada ni nadie, prefiere dormir y soñar en su casa construida con el esfuerzo, que estar en casa ajena con los hijos y nietos. Para ella el campo es mejor que la ciudad; el ruido y la violencia que hay en Ciudad Obregón la aferran más a su pueblo.

Cotidianidades femeninas, a manera de balance

A través del análisis de las experiencias de las habitantes del ejido José María Morelos, se buscó **aportar elementos para construir una explicación acerca de las características de la vida cotidiana de las mujeres del valle del Yaqui**. Consideramos que sólo a través de acercamientos sucesivos es posible comprender la complejidad de la interiorización de su identidad genérica y el papel de la vida cotidiana en este proceso. Socorro, Ofelia, Flora, Gelo y Bertha, nacidas entre las décadas de los treinta y cincuenta, y desarrolladas en un ambiente rural, son nuestro vehículo, nuestro punto de enlace con este pasado inmediato que busca contarse desde la perspectiva de sus protagonistas.

Aunque es un asunto que merece un estudio especial y detallado, los casos presentados, vistos desde una perspectiva de género, dan cuenta del proceso de construcción y arraigo de lo que socialmente se identifica como “lo femenino”. Las cinco mujeres tienen claros sus alcances, mismos que están condicionados por una estructura claramente patriarcal que les marca fronteras específicas y espacios de acción ligados a las labores domésticas y el cuidado de los hijos e hijas.

Al retomar a Alejandro Cervantes (1994), la identidad de género proporciona sentido a los roles definidos socialmente. La marcada desigualdad entre hombre y mujer, especialmente en las tareas relacionadas con el trabajo para hacer producir la tierra, provoca que la mujer se apropie de su rol doméstico y considere que su compromiso está en la hornilla o la estufa, haciendo el lonche para su marido, y no en la parcela, regando o deshierbando la siembra.

Con respecto a la vida cotidiana, la infancia es una etapa que las cinco entrevistadas recuerdan con especial importancia. Aunque se hace referencia constante a las carencias propias de un espacio recién colonizado, situación que implicaba, entre otras cosas, la falta de servicios básicos (agua, energía eléctrica y drenaje), que se sumaban a la relativa pobreza de la vida de estas comunidades recién formadas con el reparto agrario de 1937, su niñez está relacionada con tiempos gratos. Gelo, por ejemplo, nos habla de lo limitado del menú diario, de la vida lejos del confort actual del aire acondicionado; sin embargo, de la infancia no refiere negativamente el hambre ni la muerte de su hermana. Como el resto de las entrevistadas, Gelo bloquea los malos ratos y se queda con las anécdotas de los juegos, sus días de escuela, sus amigas y las tardes que disfrutaba jugando a la “roña”, trepada en el viejo nacapule de la casa materna.

Es importante anotar que originalmente las entrevistas buscaban recuperar pequeñas anécdotas para construir un relato colectivo que contara la historia del ejido. Afortunadamente, las ganas de contar su historia y el tiempo que se dispuso para escucharlas y observarlas generaron un cúmulo de información con la que se integró este artículo. Así como la infancia guarda un espacio relevante en la memoria de estas mujeres, el cortejo amoroso, la vida matrimonial, la maternidad y el trabajo, que a continuación se perfilarán, son temas presentes en los relatos de Socorro, Ofelia, Flora, Gelo y Bertha.²⁹

En las acciones para formar una relación de pareja y posteriormente una familia, es posible identificar el papel pasivo de la mujer. Deseaban el encuentro con el hombre que les resultaba atractivo; no obstante, sus pasos eran discretos. Socorro, por ejemplo, coqueteaba tímidamente y se ocultaba entre las plantas para ver el rumbo de Eufemio, pero siempre esperó que él se acercara. Ofelia, por su parte, despachaba la tienda, platicaba y le “echaba ojitos” a Ramón. Gelo, hija de Ofelia, se dejaba cortejar por Pedro y colaboraba, “sin querer queriendo”, para hacer posibles sus acercamientos.

Una vez logrado el noviazgo, la vía común para el matrimonio era la unión libre o como se conoce coloquialmente en el ejido, “robarse” a la mujer. Sólo dos de los cinco casos tuvieron una boda en su juventud, Ofelia y Flora se casaron “bien”, a los 14 y 16 años de edad, respectivamente. Quienes tuvieron que irse con el novio, lo hicieron porque era la opción más práctica para formar su familia. Sin embargo, esto no implicó renunciar al sueño de casarse “de blanco”. Socorro, quien de niña

²⁹ Las cinco historias tocan los tres ejes que Alejandro Cervantes (1994) define como elementos identitarios del género femenino: maternidad, matrimonio y trabajo.

soñaba con su boda, lo concretó luego de vivir 50 años con Eufemio. Gelo, con más de 40 años de vida al lado de Pedro, aún conserva la ilusión de casarse.

En las cinco mujeres se observa la interiorización de un discurso que integra su rol como mujer en las relaciones afectivas y del papel simbólico del acto matrimonial. Si bien se apropian y anhelan participar de este ritual, también poseen (tanto las mujeres como los hombres) una visión práctica, que aparentemente depende del contexto en el que se desenvuelven.

La situación del ejido, los problemas relacionados con la producción agrícola en sus primeros años de funcionamiento, así como las carencias provocadas por vivir en un espacio de reciente formación, hicieron que la formalización de las uniones de pareja fuese algo postergable para mejores momentos. La falta de recursos para festejar y legalizar un matrimonio, por lo menos en los casos estudiados, no fue impedimento para vivir en pareja. El sueño de la boda religiosa y del “casarse bien” se suspendió indefinidamente. La aspiración interiorizada de llegar de blanco al altar se cambió por la “vida posible” en el contexto rural; el caminar pausado, con vestido largo, un velo en el rostro y de la mano de su padre, se sustituyó, como fue el caso de Bertha y Benjamín, por una caminata nocturna de dos kilómetros, en la que tuvieron que brincar canales para evitar ser descubiertos y llegar a su nuevo hogar, la casa de los papás del novio.

La maternidad, como dimensión generadora de identidad de género, permite observar claramente la manera en que las mujeres se conciben como un “ser-otros” y un “cuerpo-para-otros”, tal como lo indica Alejandro Cervantes (1994).

El largo recorrido de la vida, el hecho de que los hijos o las hijas sean adultos, si bien relaja el “compromiso” de la madre, no modifica el sentido de responsabilidad para contribuir a su bienestar. Un caso que ilustra esta situación es el de Socorro, quien a sus 80 años de edad manifiesta su preocupación y realiza acciones contundentes para asegurar el destino de sus hijos con problemas de salud. Elías y Tomás tienen alrededor de 60 años de edad, pero Socorro no deja de verlos como seres que dependen de ella y se pregunta qué será de su vida cuando llegue a faltar. La madurez no rompe la obligación de cumplir con sus tareas como madre; su ser y su cuerpo siguen considerando la atención al otro, en este caso, los hijos. Analizar el discurso que ellas han construido a lo largo de su existencia permite observar que son mujeres que asumieron la tradición familiar de velar por los otros, ya sea el padre, la madre, el esposo o los hijos. Son mujeres que no critican ni se sienten incómodas de su rol, aceptan las tareas y, en su propio sentido de vida, se sienten bien en donde están y con lo que hacen y su relación con la familia y comunidad.

El trabajo en el campo, especialmente en el ejido Morelos, por tratarse espacio relativamente “nuevo”, requiere de la colaboración de la mayoría de los brazos disponibles. Las cinco entrevistadas han sido testigos de las diferentes etapas de su proceso de poblamiento. Flora, Gelo y Bertha refieren con cierto detalle sus experiencias en el trabajo agrícola. Gelo, por ser hija de un ejidatario y hábil con las matemáticas, colaboraba en tareas relacionadas con el pago de los pizcadores durante la zafra del algodón; pero era una actividad temporal, pues cuando ésta concluía, regresaba a cumplir sus tareas en el hogar, como apoyo para su madre. Flora y Bertha son hijas de jornaleros que llegaron al ejido, por ello les tocó un compromiso diferente y en algún momento de sus vidas tuvieron que trabajar en las tierras para apoyar la economía familiar.

El trabajo se identifica como un eje productor de identidad de género, pero para el caso del ejido Morelos, el trabajo no es solamente la parte física que implica las diferentes tareas para hacer producir la tierra. Dentro del universo del trabajo, también consideramos la manera en que las mujeres asumen roles propios de “lo masculino”. La tenencia de la tierra es un asunto de hombres, pero ¿qué ocurre cuando falta el hombre? ¿Quién sustituye el liderazgo del esposo/padre? Entre los casos analizados se identifican dos respuestas ante esta ausencia del hombre: una es “tradicional”, apegada lo esperado por el hecho de ser mujer, y la otra es “transgresora”, porque rompe con el esquema socialmente aceptado y reproducido.

Socorro y Ofelia corresponden a esta forma tradicional; al faltar su pareja, cedieron los derechos a la tierra a uno de sus hijos, quien se encarga de administrarla y distribuir los eventuales beneficios. Ambas decidieron quedarse en el hogar, continuar con sus roles, y que fuese otro hombre quien asumiera la jefatura de la familia. Por su parte, Flora es una mujer que rompe con este esquema tradicional y es un caso extraordinario porque fue contracorriente, desafió la desigualdad y la opresión propias de un espacio con una estructura claramente patriarcal. Es un caso extremo y atípico, pues no es común que además de asumir el control de su tierra, la mujer ocupe el cargo más importante del ejido, que es la presidencia de la asamblea, la cual recae en el comisariado ejidal.

Estas cinco mujeres han superado la adversidad de la vida en el campo sonorense; han participado, al lado de sus familias, en el proceso de apertura de las tierras de cultivo en el valle del Yaqui. Es por esto que se reconocen orgullosas del lugar donde viven. El ejido Morelos es donde han construido su identidad, desean continuar disfrutando de sus casas y de sus vidas, aunque no están rodeadas de todos los hijos y nietos porque en su mayoría migraron a la ciudad. Todas sienten el ahogo del encierro citadino y ninguna visualiza su vida en un lugar diferente a su poblado.

Paradójicamente, el espacio al cual se sienten arraigadas, no es lo que desean para sus hijos. Describen la vida en el campo como una experiencia dura, donde el trabajo escasea y los servicios son limitados; por esto, sobre todo las dos mujeres más jóvenes (Gelo y Bertha), alientan a sus hijos para que salgan del ejido y busquen un trabajo en la ciudad, “donde les den un seguro, donde los puedan pensionar, porque en el campo no hay nada de eso”.

Concluyendo, este deseo de que los hijos hagan su vida fuera del ejido contrasta con la forma idealizada de ver su pasado y quizá se deba a que consideran que sus buenas experiencias, sobre todo de la infancia y la juventud, son momentos que corresponden a otra época, cuando se requerían pocas cosas para vivir y ser felices. Aunado a esta brecha entre la vida que desean para sí mismas y la que proyectan para sus hijos, nos parece que los actos violentos que se han presentado en los años recientes, producto de las actividades del narcotráfico, le han sumado otra razón para salir o no regresar al ejido. Desafortunadamente, el espacio que otrora era caracterizado por una paz y tranquilidad, que les permitía vivir sin cercos o protecciones, dormir afuera de tu casa y transitar sin peligros, actualmente ha sido el escenario de “levantones” y “ajustes de cuentas” por parte de la delincuencia organizada, que ha provocado zozobra entre sus habitantes. Pero ese es tema que merece ser analizado detalladamente en otro momento.

Referencias

- Bellasi, P. (1985). Evenement et quotidien. *Sociétés: la rhétorique du quotidien*, 1(3), 11.
- Berger, P., y Luckmann, T. (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Castro Vázquez, C. (1989). *El Conflicto agrario, la organización campesina en el valle del Yaqui y sus principales fuentes de estudio (1940-1960)*. (Tesis de licenciatura en sociología). Universidad de Sonora, Hermosillo.
- Cervantes, A. (1994, julio-diciembre). Identidad de género de la mujer: tres tesis sobre su dimensión social. *Frontera Norte*, 6(12), 10-20.
- Dabdoub, C. (1995). *Historia de el valle del Yaqui*. Hermosillo: Gobierno del Estado de Sonora.
- Guadarrama, R., Martínez, C. y Martínez, L. (1997). La integración institucional. En G. Cornejo (Coord.), *Historia general de Sonora, tomo V* (pp. 125-140). Hermosillo: Gobierno del Estado de Sonora.

- López Soto, V. (1998). *Sonora. Historia de la vida cotidiana*. Hermosillo: Gobierno del Estado de Sonora.
- Lorenzana, G. (1991). *Política agraria y movimientos campesinos en los valles del Yaqui y Mayo (1915-1934)*. Hermosillo: Universidad de Sonora.
- Lorenzana, G. (1993). Lázaro Cárdenas y el reparto agrario en los valles del Yaqui y Mayo, 1937-1938. En *Memoria del XVI Simposio de Historia y Antropología* (pp. 471-485). Hermosillo: Universidad de Sonora.
- Lorenzana, G. (2006). *Tierra y agua: una historia política de los valles del Mayo y del Yaqui (1934-1940)*. Hermosillo: Universidad de Sonora.
- Murrieta, M., y Graf, M. (1991). *Por el milagro de aferrarse. Tierra y vecindad en el valle del Yaqui*. Hermosillo: El Colegio de Sonora/Instituto Tecnológico de Sonora/Instituto Sonorense de Cultura.
- Núñez, G. (2007). Vínculo de pareja y hombría: “Atender y mantener” en adultos mayores del Río Sonora, México. En A. Amuchástegui e I. Szasz (Coords.), *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México* (pp. 141-184). México: El Colegio de México.
- Ramírez, J., León, R. y Conde, Ó. (1997). Cárdenas y las dos caras de la recuperación. En G. Cornejo (Coord.), *Historia general de Sonora, tomo V* (pp. 107-122). Hermosillo: Gobierno del Estado de Sonora.
- Soto, M. (1977). *Los pioneros*. México: Editorial del autor.